

10/15/2017

INVIRTIENDO EN EL CIELO Lucas 12: 32-34

Los grandes inversionistas arriesgan su dinero en negocios que muchas veces dependen de factores no controlados por ellos para que sean productivos o no. Por ejemplo, invierten en la Bolsa de Valores en donde las acciones pueden subir o bajar considerablemente tan solo porque el Presidente de la nación dijo o hizo, o le pasó algo en su persona que podría afectar esos negocios; pueden subir o bajar sencillamente por rumores que se corren. Los inversionistas saben los riesgos y como quiera deciden invertir grandes cantidades de dinero. Otros arriesgan grandes cantidades de dinero en las apuestas en donde dependen de la suerte para ganar o perderlo todo. Nunca hay nada seguro en las inversiones buenas o malas.

Y usted, ¿en qué invierte? No me estoy refiriendo exclusivamente al dinero, sino a su tiempo, sus habilidades, su espiritualidad. Tal vez piense usted que no invierte, pero le aseguro que sí lo está haciendo, porque en donde más ocupe su tiempo, en donde más ponga todo su esfuerzo, de lo que más hable o lo que más le importe o le preocupe, dice el Señor que ahí está su corazón y es justamente allí, en donde usted está invirtiendo.

La Palabra de Dios tiene mucho que decirnos acerca de este tema pero, como siempre, primero vamos a ubicarnos en el contexto de la historia para entenderlo mejor. El Señor Jesús acababa de estar en una reunión con los fariseos y los escribas que eran los intérpretes de la Ley de Dios. En esa reunión los reprendió duramente, principalmente por la dureza de sus corazones, porque eran muy religiosos, pero insensibles a las necesidades de la gente, es decir, porque no practicaban lo que enseñaban, no practicaban lo que dice la Palabra. Les llamó la atención por su falta de humildad, por su espíritu crítico, legalista y juzgador y por ser piedra de tropiezo para los demás. Por todo esto les llamó hipócritas, falsos y hasta asesinos.

Por supuesto, a los escribas y fariseos no les gustó nada lo que el Señor les dijo y, en lugar de ponerse a reflexionar en las Palabras del Maestro, empezaron a presionarlo, siguiéndolo pero no para escucharlo, sino para estar atentos a que dijera algo que ellos pudieran usar para acusarle (Lc. 11:37-54). El Señor Jesús no se dejó intimidar por el poder y

la influencia que pudieran tener estas personas para decirles lo que pensaba de ellos. De igual manera, uno no se puede dejar intimidar por las críticas o amenazas cuando predica la Palabra de Dios.

Cuando sale de esta reunión, había una multitud de personas esperándolo afuera. Tal vez estaban en alguna especie de plaza o un lugar abierto grande porque dice Lucas que había miles de personas allí (v.1).

El Señor Jesús tampoco se impresiona de esto porque sabía que la mayoría de ellos lo buscaba para poder sacar algún provecho. Así que, aprovechando la situación, se dirige a sus discípulos para dejarles varias enseñanzas y permite que los demás escuchen lo que tiene qué decirles; si se sienten identificados quiere decir que Dios ha tocado sus corazones, si no se sienten identificados sencillamente lo ignorarán a cambio de que haga algo para ellos, o bien, reaccionarán de una manera negativa. Estas son exactamente las mismas reacciones que se provocan cuando alguien predica o enseña la Palabra de Dios. Así es que esto no nos debe de extrañar ni a los predicadores ni a los maestros.

El Señor Jesús aprovecha para dejarles varias enseñanzas; entre ellas, el cuidarse de los religiosos fariseos que hablan en secreto para procurar hacer males, pero dice que tarde o temprano su mal saldrá a la luz (vv.1-3). Les enseñó que no deben temer al hombre sino a Dios, el Único que puede tener buen cuidado de los suyos (vv.4-7). Les enseñó que deben mantenerse firmes en Él, que no se avergüencen, que no lo nieguen y que Dios les dará recompensa, pero castigo a quien se avergüence y lo niegue (vv.8-12).

Alguien de entre la multitud intervino para pedirle que intercediera por él en un pleito que tenía con un hermano suyo que tenía que ver con la repartición de una herencia. El Señor, conociendo el corazón de aquel hombre aprovechó para enseñar a sus discípulos acerca de la avaricia y del peligro de hacer tesoros para uno mismo y no para con Dios (vv.13-21). La avaricia es el amor y el deseo desordenado de las riquezas y de las posesiones materiales. El problema de la avaricia es que se convierte en un vicio y no permite ni siquiera disfrutar de los bienes que posee, hace a la persona insensible para con los demás, le hace esclavo del dinero y de las posesiones materiales, se convierte en un ídola del dinero y de las posesiones materiales y por lo tanto, le aparta del cumplimiento de sus deberes para con Dios y para con el prójimo. Es capaz de hacer cualquier

cosa y de pasar por encima de quien sea para seguir acumulando riquezas y seguir teniendo posesiones.

Les enseñó acerca de no estar ni enfocados ni preocupados por el que habrán de comer o vestir como hacen los no creyentes, porque el creyente confía y descansa en Dios buscando primeramente de Él, de estar bien con Él, de estar ocupados en el Reino, es decir, en su obra y entonces Él recompensará cubriendo todas estas necesidades (vv.22-31). El Apóstol Pablo dice que hasta más de lo que necesitamos nos dará el Señor si confiamos en Él (Ef. 3:20).

Les enseñó también acerca de la importancia de hacer tesoros en el cielo y no en la tierra (vv.32-34). Les enseñó más cosas, pero aquí es en donde me quiero detener hoy.

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino” (v.32).

Note esto: aunque había una multitud de miles allí escuchando al Señor, el Señor habla de una *manada pequeña* porque no todos los que escuchan son del rebaño. Entre la multitud había muchos cabritos y hasta lobos. Él dijo una vez que sus ovejas son las que escuchan su voz y lo siguen (Jn. 10:27), y que los que son de la Verdad lo escuchan a Él (Jn. 18:37). También dijo que *“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”* (Mt. 7:21). La misma idea la expresa aquí con Lucas en el siguiente capítulo (Lc. 13:25-28).

La manada pequeña no tiene nada que temer porque está bajo buen cuidado, bajo el cuidado del Buen Pastor (Jn. 10:11), del Príncipe de los pastores (1P. 5:4), es decir, el más grande, el más importante, el mejor. Esa manada pequeña recibe las bendiciones de Dios que son suficientes para cubrir todas sus necesidades y alejar de ellos todo sentimiento de temor, de preocupación o de angustia.

“Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye” (v.33).

El Señor no está diciendo que nos quedemos sin nada, que nos deshagamos de todo lo que tenemos; tampoco está diciendo que es malo tener cosas, o ahorrar, o cosas así. Tener cosas, o ahorrar para el futuro no es nada malo y todos deberíamos de hacerlo; administrar los bienes

que Dios nos permite tener no es nada malo. Lo malo es cuando todo esto se convierte en nuestro objetivo de vida, lo más importante. Cuando esto sucede automáticamente nos alejamos de Dios porque ya no tenemos tiempo para Él. ¿Cómo puedo decir que Él es el centro de mi vida cuando no es mi prioridad aquí en la tierra? ¿Cómo puedo hablar de obediencia cuando siempre tengo una excusa para no ser obediente?

Hacer tesoros en el cielo es la mejor inversión de nuestras vidas. No sólo para la eternidad, sino que, conforme a su promesa, aquí en la tierra podemos disfrutar de los beneficios de la inversión. Mire lo que dijo el Señor a Sus discípulos: *“No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal”* (Mt. 6:33-34).

¿Quiere más? Ponga atención en las Palabras del Señor que registra Lucas: *“Y Él les dijo: De cierto os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o padres, o hermanos, o mujer, o hijos, por el reino de Dios, que no haya de recibir mucho más **en este tiempo**, y en el siglo venidero la vida eterna”* (Lc. 18:29-30). Esta misma promesa también la registran el Apóstol Mateo (Mt. 19:29) y Marcos (Mc. 10:29-30). Ambos dicen que recibiremos cien veces más. Marcos incluso menciona casas y propiedades o terrenos.

La buena noticia es que dejar casa, padres, hermanos, hijos o mujer, no significa abandonarlos. Esa no es la idea que el Señor expresa. Lo que está diciendo es que no sean nuestra prioridad por encima de Él. ¿Quiere disfrutar de su familia y de sus posesiones? Haga del Señor su prioridad; disfrute de Él primero, búsquelo y sírvale sin pretextos.

Mire lo que el rey David dijo: *“Confía en Jehová, y haz el bien; Y habitarás en la tierra, y te apacientarás de la verdad. **Deléitate** asimismo en Jehová, Y **Él te concederá** las peticiones de tu corazón. Encomienda a Jehová tu camino, Y confía en Él; y **Él hará**”* (Sal. 37:3-5). También, el Señor dijo a través de Su Profeta Malaquías: *“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi Casa; y **probadme ahora en esto**, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde. Reprenderé también por vosotros al devorador, y no os destruirá el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo será estéril, dice Jehová*

*de los ejércitos” (Mal. 3:10-11). Un ejemplo más de los muchísimos que hay en la Palabra, cuando el Señor le dijo a Josué: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque **entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien**” (Jos. 1:8). Un ejemplo más. El Señor Jesús dice: “Si permanecéis en Mí, y Mis Palabras permanecen en vosotros, **pedid todo lo que queréis, y os será hecho**” (Jn. 15:7).*

¿Se fija? Todo tiene que ver con poner a Dios en primer lugar en nuestras vidas. Si queremos estar bien en la tierra tenemos que hacer tesoros en el cielo. Si podemos creer esto ya no viviremos preocupados por nada; descansaremos en Sus promesas, trabajaremos muy duro, pero sin descuidarlo a Él, sin desatender el servicio a Él, sin dejar de aprender de Su Palabra y sin dejar de cumplir nuestras responsabilidades de testificar y por supuesto, las financieras también.

“Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (v.34).

Pero muchas veces todo esto se puede hacer muy difícil porque nos dedicamos a hacer tesoros en la tierra porque nuestra mirada está enfocada en el *aquí* y en el *ahora*, porque qué comer, qué vestir y en dónde vivir se convierte en nuestra prioridad de vida, en lugar de descansar en las promesas de Dios que nos ha dado a través de Su Palabra; en una sola frase: **porque no creemos**. ¿Cómo podemos tener tesoros en el cielo cuando todo lo estamos invirtiendo aquí en la tierra, con nosotros mismos? ¿Cuál tesoro en el cielo podemos tener cuando todo nos lo hemos gastado aquí en la tierra? ¿Prefiere tenerlo todo aquí, gastarlo todo aquí y llegar al cielo en bancarrota o prefiere invertir en el cielo y vivir bien en la tierra, en paz, seguro y tranquilo y llegar al cielo con una cuenta llena de tesoros? La diferencia la hace creer o no. La diferencia la hace el poner a Dios como prioridad. ¿En dónde están nuestros corazones ahora? ¿En qué invertimos más nuestro tiempo? Para cambiar la dirección de nuestros tesoros tenemos que cambiar la dirección de nuestro corazón.

Conclusión.

¿Cómo se invierte en el cielo?, ¿cómo podemos hacer tesoros en el cielo? Hacemos tesoros en el cielo cuando damos testimonio del amor, del perdón y de la salvación que solamente se encuentra en Jesucristo, cuando Dios nos usa para salvar a alguien. Hacemos tesoros en el cielo cuando hacemos buenas obras, cuando somos capaces de desprendernos

de nuestras propias comodidades y podemos compartir con los necesitados un poco de lo mucho que Dios nos da. Recuerde, las obras no salvan, pero sí nos acompañan hasta el cielo (Ap. 14:13) y allí serán recompensadas por el Señor.

Hacemos tesoros en el cielo cuando sembramos en el Reino, es decir, cuando desarrollamos los dones que Dios nos ha dado sin excepción a cada creyente y, por supuesto, cuando apoyamos con nuestras finanzas al sostenimiento de la obra siendo responsables con nuestros diezmos y con nuestras ofrendas, no dando lo que nos sobra sino lo que podemos.

Hacemos tesoros en el cielo cuando trabajamos bien duro en nuestros trabajos o en la escuela, pero siempre damos la prioridad que se merece a Dios y no nos olvidamos de nuestro llamado ni de nuestras responsabilidades; cuando nos preparamos en el conocimiento Bíblico porque estamos invirtiendo no solo para el fortalecimiento de nuestro espíritu, sino para poder bendecir a quien todavía no conoce de la Palabra del Señor; cuando aprendemos a vivir por fe, confiando, descansando y esperando en el Señor.

Nuestra recompensa será grande en el cielo, pero podremos disfrutar de esas bendiciones aquí en la tierra. La pregunta es: ¿podemos creer esto?, ¿estaremos dispuestos a hacer nuestra mayor y mejor inversión? Mi oración es porque así sea. Le aseguro, no tiene nada que perder y sí mucho que ganar. No va a arriesgar nada porque el Banquero del mundo, el dueño del oro y la plata, prometió los mejores rendimientos. Amén... Vamos a orar...